

La galleta que rueda

En una casita de piedra vivían el abuelo Juan y la abuela Rita.

Una mañana prepararon una galleta muy redonda. La doraron en el horno y la dejaron enfriar junto a la ventana.

Pero la galleta quería conocer mundo.

Dio un salto.

¡Plop!

Y salió rodando.

—¡Vuelve, galleta! —gritaron los abuelos.

La galleta reía mientras bajaba por el camino.

—Ruedo y ruedo sin parar. ¡Nadie me podrá atrapar!

En el prado encontró un conejo.

—¡Qué galleta tan rica! —dijo el conejo—. Creo que me la comeré.

—¡Primero tendrás que atraparme!

Y la galleta siguió rodando.

—Ruedo y ruedo sin parar. ¡Nadie me podrá atrapar!

Más adelante encontró un oso.

—¡Qué galleta tan crujiente! —dijo el oso—. Creo que me la comeré.

—¡Primero tendrás que atraparme!

Y la galleta rodó todavía más deprisa.

—Ruedo y ruedo sin parar. ¡Nadie me podrá atrapar!

Junto al bosque encontró un zorro.

—¡Qué galleta tan redonda! —dijo el zorro—. Acércate un poco, que no te oigo.

La galleta recordó al conejo y al oso.

—¡No, no! ¡Tú también quieres comerme!

Y pasó de largo.

Pero el camino terminaba ante un arroyo. La galleta no sabía nadar.

Una tortuguita asomó la cabeza fuera del agua.

—Sube a mi caparazón —le dijo—. Te ayudaré a cruzar.

—¿No quieres comerme?

—No. Solo quiero ayudarte.

La tortuga la llevó hasta la otra orilla.

La galleta miró el camino y pensó en los abuelos. Rodar era divertido, pero empezaba a sentirse sola.

—¿Quieres volver conmigo? —preguntó a la tortuga.

Regresaron juntas a la casita. El conejo, el oso y el zorro las siguieron, pero esta vez no corrían. Todos llevaban algo: fresas, miel y manzanas.

El abuelo Juan preparó una galleta enorme para compartir. La abuela Rita cortó un trozo para cada uno.

¿Y la galleta viajera? Se quedó sobre un plato contando su aventura.

Desde aquel día salía a rodar cada mañana, pero siempre regresaba a la hora de merendar.